



Vigilancia en la playa.—Barcos sospechosos.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Aunque el célebre Arsenio Lupin no está más que en el principio de sus originales aventuras, ya ha dado á nuestros lectores incomparables pruebas de sus prodigios. Pero esto no es nada en comparación de los recursos que va á desplegar para cumplir su promesa de evasión, y los que tiene en reserva para el porvenir.

En el momento en que Arsenio Lupin, acabada su comida, sacaba del bolsillo un hermoso cigarro, examinándole con complacencia; abrióse la puerta de la celda. No tuvo más que el tiempo suficiente para arrojarlo en el cajón y alejarse de la mesa. Entró el vigilante: era la hora del paseo.

— Le esperaba á usted, mi querido amigo — exclamó Lupin, siempre de buen humor.

Salieron juntos. Apenas habían desaparecido en el ángulo del pasillo, dos agentes penetraron en la celda para proceder á un examen minucioso. Era necesario que la Policía supiera á qué atenerse. No había duda: Arsenio Lupin mantenía comunicación con sus cómplices del exterior. La víspera, el *grand Journal* publicaba estas líneas, dirigidas á su redactor judicial:

«Caballero:

»En un artículo publicado hace días, ha hecho usted referencia á mi persona, en términos injustificados. Antes de la vista de mi proceso iré á pedir á usted una explicación. Le saluda,

»ARSENIO LUPIN.»

La letra era del famoso ladrón. De suerte que era evidente que él enviaba cartas y las recibía, preparando la evasión tan arrogantemente anunciada. La situación era intolerable. De acuerdo con el juez de instrucción, el jefe de la Policía se dirigió personalmente á la cárcel, para dar instrucciones al director de la misma. En el momento envió los dos agentes para que registraran la celda del deterido.

Los dos policías levantaron las losas del pavimento, desmontaron la cama, hicieron, en fin, todo lo que es corriente en semejantes casos, sin encontrar el menor indicio. Ya iban á retirarse, cuando llegó corriendo el vigilante que había salido con Arsenio Lupin y les dijo:

—El cajón, mirad el cajón de la mesa; me parece que ha guardado algo en él.

—Llamemos al jefe para que haga el inventario—dijo uno de ellos.

Dos minutos después estaba en la celda el jefe de la Policía, que registró el cajón, encontrando un fajo de recortes de periódicos hablando de Arsenio Lupin, una petaca, una pipa, papel película, dos libros y el cigarro habano.

—Ya veremos todo esto al detalle—dijo el jefe de la Policía.

Con un ademán maquinal de fumador, cogió el habano y se lo acercó al oído, haciéndole crujir. No fué dueño de reprimir una exclamación. El cigarro había cedido bajo la presión de sus dedos. Lo examinó con más atención, distinguiendo una cosa blanca entre las hojas de tabaco. Era un rollito de papel muy fino, que contenía estas palabras de una menuda letra de mujer:

La estratagema del cigarro y del mango del cuchillo.

«El cesto está ya en lugar del otro. Ocho por diez están preparados. Apoyando el pie exterior, la placa se levanta de abajo á arriba. De doce á diez y seis, todos los días, H-P esperará. ¿Pero dónde? Respuesta inmediata. Estáte tranquilo, tu amiga vela por tí.»

El jefe de la Policía reflexionó un instante y dijo:

—Todo esto está bastante claro, menos esta H P, que esperará.

—Esta H P debe significar un automóvil—, observó uno de los agentes.

—¿Ha concluido su almuerzo el detenido?—preguntó el jefe de la Policía.

—Sí.

—Pues como todavía no ha leído el mensaje, como lo prueba el estado del cigarro, es probable que acabe de recibirlo.

—¿De qué manera?

—En sus alimentos, en medio del pan ó de una patata, ¡qué sé yo!

—Imposible—dijo el director de la cárcel—; no se le ha autorizado á que le traigan la comida de fuera más que para tenerle un lazo, y nada hemos encontrado hasta ahora.

—Buscaremos esta tarde la respuesta de Lupin. Por el momento reténgale usted fuera de la celda. Voy á llevar todo esto al juez de instrucción y si es de mi parecer, haremos inmediatamente fotografiar la carta y dentro de una hora podrá usted poner en el cajón, con los demás objetos, un cigarro idéntico conteniendo el mensaje original. Es preciso que el detenido no sospeche nada.

Por la noche volvió el jefe de la Policía á la cárcel y preguntó al director:

—¿Ha comido?

—Sí.

El jefe de la Policía examinó detenidamente la cesta de las provisiones. Cuando llegó al cuchillo hizo girar el mango, que se destornilló, viéndose que servía de estuche á una hoja de papel.

—Vaya, no es recurso sorprendente que digamos, para un hombre como Arsenio—luego desdobló el papel y leyó:

«Me entrego completamente en tus manos; H P seguirá de lejos todos los días. Hasta pronto, querida y admirable amiga.»

—Al fin—exclamó el jefe de la Policía frotándose las manos—, creo que el asunto está en buenas vías para permitirnos pescar á toda la banda.

—¿Y si Arsenio Lupin se les desliza á ustedes de entre las manos?—objetó el director de la cárcel.

—Emplearemos el número de hombres que sea necesario.

Una tarde Arsenio Lupin fué conducido desde la cárcel al despacho del juez. Como no había ningún otro preso á quien interrogar en aquella hora, el famoso ladrón subió solo al coche celular. Al poco tiempo de estar en el reducido compartimento de esta prisión ambulante, apoyó el pie exterior, ó sea el derecho en la plancha metálica del suelo, observando que se separaba insensiblemente, dejando un hueco que precisamente caía entre las dos ruedas. Al poco tiempo el carruaje se detuvo porque la caída de un caballo había interrumpido la circulación, produciendo un amontonamiento de coches y de ómnibus.

Arsenio Lupin aprovechó el momento y deslizándose por el agujero abierto á sus pies, se encontró en la calle.

Un cochero que lo vio soltó la carcajada; cuando quiso avisar, su voz se perdió entre el ruido de los vehículos y los gritos de los aurigas.

Cuando Arsenio Lupin se encontró en la acera, en vez de correr echó una mirada circular, y luego, resuelto, con las manos en los bolsillos y el aire despreocupado de un paseante que no tiene nada que hacer, continuó andando bulevar arriba.

(Continuad.)

La familia delincuente

Palanqueteros.

Estos, igual que los anteriores, se valen también del *santero*, aunque no siempre, pues como más humildes que son, para no hacer una nueva parte en la distribución de los negocios, prescinden alguna vez de sus servicios y ellos mismos desempeñan ese papel, averiguando por gestiones propias lo que les interesa averiguar, que es, ni más ni menos, cuándo queda una habitación sin gente dentro, para no dejar más que las paredes, si hay tiempo suficiente.

Pero así como los *espadistas finos* van siempre provistos de la *espada* que han construído, de paletones de quita y pon y de un manajo de llaves pequeñas para abrir sin fracturar las cómodas, armarios y otros muebles de ese género, los *palanqueteros*, menos hábiles ó más groseros y brutales en su labor, no se meten en tales filigranas ni demuestran tanto miedo al Código.

Cuando están seguros, ó creen estarlo, de que los inquilinos de una habitación han salido á la calle, suben dos de los tres *espadistas palanqueteros*, quedándose el otro de vigía en la calle, para avisar en caso de peligro. Llamán, porque eso es de rigor, y si nadie contesta, meten la palanqueta, el formón ó el cincel y no hay puerta que resista al empuje, pues esos instrumentos, sobre estar muy bien templados, suelen ser de gran potencia y mandan una fuerza extraordinaria.

Dentro del piso hacen lo mismo: fracturan cajones, rompen cerraduras, destrozan muebles, lo revuelven y tiran todo por el suelo; cometen verdaderos horrores y se llevan cuanto pueden: ropas, dinero, alhajas..., dejando marcado el paso del ladrón vulgar, sin pizca de astucia ni asomos de ingenio.

Topistas.

Siempre que en una población hay diversiones, fiestas ó sucesos extraordinarios de gran relieve, que excitan la curiosidad del público, obligándole á echarse á la calle para gozar del espectáculo y ser testigo presencial del general regocijo, se registran robos en los pisos por el registro del *tope*.

Mientras la gente honrada se divierte y los agentes é inspectores de vigilancia cuidan del orden y seguridad personal en los sitios donde la afluencia del público puede hacer necesaria su intervención, los *topistas trabajan* á sus anchas, teniendo la seguridad de que no corren ningún peligro, pues hay casas de tres y cuatro pisos donde no queda alma viviente.

Este abandono, origen de todos los robos, lo aprovechan los bribones á las mil maravillas, lo cual no quita para que al día siguiente se desate la prensa y la población entera en improperios contra la vigilancia, como si fuera posible tener en cada casa un agente y como si la obligación de todos no fuese mirar por los propios intereses y ser los primeros en tomar medidas de precaución.

«Guárdate y te guardará», dice el adagio; y quien deja su

casa en el más completo abandono mientras va á solazarse, sin tener una persona que la defienda, ni fuertes ni sólidas cerraduras que dificulten franquearla á poca costa, ¿con qué derecho puede quejarse si es víctima de un robo, ni mucho menos inculpar al Cuerpo de vigilancia, que no es Dios, para estar en todas partes?

Los *espadistas*, los que se dedican á la especialidad de los robos caseros, ó más claro, los ladrones de pisos, no penetran nunca en ninguna habitación donde haya gente, así sea un niño de diez años, por eso llaman antes y se aseguran bien; por eso si al llamamiento responde alguna persona, dan cualquier pretexto y se marchan pacíficamente sin intentar el robo.

Adoptando alguna medida de precaución se harían casi imposibles las hazañas de los *espadistas finos* y *palanqueteros* é imposible del todo las de los *topistas*, porque éstos ni tienen práctica, ni son previsores, ni calculan la operación ni se valen del *santero*, ni poseen la habilidad de los otros.

Son ladrones de azar, de lo que salga, sin más arte que la fuerza bruta para hacer saltar una puerta con la palanqueta ó el formón.

Los del *tope* eligen los días de grandes solemnidades para

ejercer sus funciones, y sin ayuda de nadie, sin cómplices, *santeros* ni aun *tapias*, entran en una casa, llaman en cualquier piso, á la ventura, y en el que nadie contesta aplican el instrumento de fuerza y cargan con todo, pues hasta en eso son menos escrupulosos que sus compañeros.

Entre los *espadistas* bien pocas veces se da el caso de que al robo preceda ó siga el asesinato, ni siquiera los malos tratamientos. Si por casualidad son sorprendidos, su cuidado principal es huir á toda prisa, para no caer en poder de la *jura-policía*—abandonando, no solamente lo robado, sino hasta las herramientas propias del oficio.

(Continuará.)

Celebrábase en una iglesia de París la misa de once, con extraordinaria concurrencia. De pronto oyéronse dos detonaciones, y los fieles, poseídos por el pánico, se estrujaron en busca de la salida. Unos ladrones, que eran los que habían hecho estallar los petardos, aprovecharon la confusión para apoderarse de alhajas, bolsillos, impertinentes y libros de misa. La Policía está sobre la pista de estos odiosos malhechores.

Los rescatados de la muerte.

Horroroso régimen celular.

Estando en Italia abolida la pena de muerte, al regicida se le condena á cadena perpetua; pero debe preceder el encierro del criminal en una celda en el fondo de un foso, bien encadenado y en el aislamiento más completo. En esa tumba, con todos sus horrores, debe permanecer diez años, tiempo que casi ninguno de estos criminales puede cumplir, pues únicamente Passanante, que en 1878 intentó matar con un cuchillo al rey Humberto, fué sacado de la celda, completamente loco; lleváronle á presidio, y como la enfermedad seguía su curso, tuvieron que meterle en una casa de locos, y hoy, según se refiere, es un imbécil completo, cuyo estado causa lástima y repugnancia.

Durante esos diez años están privados de toda visita, aun la del sacerdote; todo ruido, aun el del rezo; toda ocupación, aun la de la lectura. Se le prohíbe que hable en alta voz, aun á sí mismo. Se ordena á sus guardias que hagan el servicio de modo que no produzcan el menor ruido. El criminal recibe sus alimentos por un torno estrecho que no le permite ver á quien se los da. No puede contar ni los días ni las horas. Los efectos terribles que produce este sistema en esos desgraciados, han sido observados por el orden siguiente:

Primer período.—Abatimiento, que á veces alcanza el grado de semiimbecilidad.

Segundo período.—Exaltación violenta, que se traduce en unos en vehemente arrepentimiento, en otros en gritos de

locura y actos de furor, y en otros hace concebir ideas suicidas.

Tercer período.—Calma y sumisión aparentes en el mayor número; en otros, silencio desdenoso y expresión de desafío en los gestos y el rostro.

Cuarto período.—Atonía, depresión cerebral, alucinaciones, entontecimiento, tentativas de suicidio y, por fin, después de algún tiempo, imbecilidad ó demencia. Este cuarto período no tarda mucho tiempo en manifestarse.

El aislamiento absoluto y la completa inacción en que se obliga á vivir á estos reos, son causas que atacan de manera formidable su parte moral, á la vez que debilitan sus fuerzas y, como es lógico, alteran su salud.

Llámanse á estos desgraciados en Italia y en Suiza, por no existir allí la pena de muerte, *rescatados de la muerte*.

En Inglaterra, la ley, no obstante su crueldad, es más humana, porque á los reos se les obliga á trabajar en el *treadmill*, ó sea en la rueda; castigo que consiste en poner á los presos en unos peldaños que guarnecen una rueda vertical, y cada condenado tiene que ir subiendo apoyando los pies con todas sus fuerzas para hacer girar la rueda, como los infelices pajarillos á quienes obligan á hacer girar también una rueda. Es un verdadero suplicio, y la fatiga que produce la rueda es tan enorme, que muchos presos no resisten á ella. Pero al menos ofrece el consuelo de ser, al fin y al cabo, una ocupación, y además se suelen poner cuarenta presos en

cada rueda, lo cual significa ya comunicación.

Bresci daría algo por sufrir la tortura del *treadmill*, en vez de estar todo el tiempo en el aislamiento absoluto de su calabozo, en el fondo de un foso.



¡Ojo!

Rogamos una vez más á nuestros suscriptores se atengan á lo dispuesto para sus relaciones con esta Administración, que está sufriendo gran quebranto por las irregularidades de los que no quieren darse por enterados. Los cambios de residencia deben avisarse antes de emprender el viaje hacia el nuevo destino, y las reclamaciones hacerse dentro del plazo de ocho días. Tengan la bondad de hacerlo así, para que no se irroguen perjuicios á esta empresa ni á los interesados.

¡Ojo!

“El derecho de asilo,”

El precioso é interesante cuadro que reproducimos en este grabado en obsequio á nuestros numerosos lectores, para los cuales no omitimos sacrificios, es uno de los mejores del afamado y laureado pintor Sr. Américo.

Dicho cuadro, por el que fué premiado, representa el derecho de asilo. Este derecho, que era un privilegio, no lo tenían todas las iglesias, y las que gozaban de él, lo ostentaban esculpido en una gran piedra, para que fuera visible.

Así, cuando alguno cometía un delito y se refugiaba en la iglesia que tenía derecho de asilo, quedaba el criminal bajo su salvaguardia, y libre, por tanto, de la justicia, que se ejercía sobre el delincuente, si salía á la calle.

El derecho de asilo, si bien con el caminar de los tiempos fué abolido para las iglesias, las cuales sólo guardan el recuerdo histórico, existe, aunque en otra forma, en los tiempos actuales.

Efectivamente; el que ahora comete un delito y se refugia en algún país con el que no hay concertada extradición, queda libre de la acción de la justicia.

El cuadro que publicamos, de irreprochable composición y justo colorido, impresiona fuertemente



al espectador. Las figuras están colocadas admirablemente, y tienen una adecuada expresión.

Como se ve, un criminal que iba á ser ahorcado, logró escapar de manos del verdugo, refugiándose en la iglesia que gozaba del derecho de asilo. La Comunidad rodea al reo y le protege, y éste, con las manos cruzadas y expresando gran terror en los ojos, pide compasión á los frailes. Uno de ellos, venerable anciano, estrecha al criminal amorosamente, y el prior, con el índice de la mano derecha, indica al verdugo la piedra de la iglesia que ostenta la cruz y dicho derecho.

La cara del verdugo, que es siniestra, contrasta con la de los frailes y con la de la mujer del delincuente, la que con un gesto angustiosísimo y sosteniendo con un brazo á un niño, detiene con el otro brazo al implacable ejecutor de la justicia humana.

Hay otras dos figuras muy interesantes: la de un fraile arrodillado delante del verdugo en actitud suplicante, y la del juez, que con la mano izquierda indica al ejecutor de la justicia la piedra del derecho invocado, mientras que la otra, estrujando la sentencia, se la apoya sobre el pecho.

Costumbres siglo XV

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN



XI

El furor popular.

Esa noche había desplegado ya su negro manto. Al dejar á Dolores,

José se dirigió al palacio del inquisidor, adonde no podía llegar sin atravesar la calle en que moraba el gobernador de Sevilla; al aproximarse á ella, sorprendióse José viendo en aquella hora un inmenso gentío que obstruía las avenidas del palacio del gobernador.

Un vago rumor de amenazas proferidas con voz ronca, sorda y terrible, corría como un rugido de tempestad por esos grupos irritados: asemejábase al sordo ruido del viento que reina en un bosque de encinas.

Un grupo de mujeres y hombres exaltados se adelantaba hacia el palacio del gobernador de Sevilla, iluminado por un solo farol, por cuyo motivo la calle estaba oscura.

Esta masa se adelantaba lentamente, después retrocedía empujada por otro grupo que venía en sentido contrario; de suerte que estas oleadas se parecían al movimiento continuo de las aguas del mar.

Cansado el pueblo sevillano de la administración inicua de Enríquez, había por fin concebido el deseo de vengarse. Esta cólera del pueblo, sorda y contenida, pero constante é implacable, estremecía.

El motín fué tan repentino y tan poco ruidoso, que no había tenido tiempo de oponérsele la fuerza armada; avanzaba hacia el palacio del gobernador, como esos invisibles torbellinos que descargan sobre la tierra con la rapidez del pensamiento.

Sin embargo, algunos alguaciles acudían de diversos lados, y entre el gentío había algunos sombríos «guardaños», mirando el motín sin tomar parte en él, pero prontos á vender sus servicios al mejor postor.

—¿De qué proviene este tumulto?— preguntó José á un criado del palacio, que corría apresuradamente enviado por su eminencia, para asegurarse del hecho.

—Reverendo padre, la detención de una anciana judía creo que ha dado lugar á ello.

—Reverendo padre— exclamó una briosa manola que había oído la respuesta del criado—, esta «judía» era tan buena católica como vos y yo; pero ha sido denunciada como hereje judaizante por un criado infiel que había echado ignominiosamente de su casa.

—¿Cómo se llama esa mujer?— preguntó José.

—María de Borgoña, que cuenta más de ochenta años, y es una santa que daba toda su renta á los pobres. Nosotros la llamábamos nuestra madre, y por esto, cuando se ha sabido que estaba en las cárceles del Santo Oficio, todos hemos venido á una sola voz al palacio del gobernador, porque él es quien la ha mandado prender.

El criado iba á dar órdenes contra la manol; pero José le hizo señal de retirarse, porque no era hora de usar de violencias.

El criado se dirigió á otro lado, procurando atravesar este compacto gentío que le oponía un dique casi invencible; pero juró no olvidar el rostro de la mujer imprudente que acababa de expresarse con tanta temeridad.

—Os aconsejo encarecidamente— dijo José á esa briosa andaluza—, que salgais de Sevilla lo más pronto posible; porque vuestras palabras podrían costaros caras.

—Lo creo— dijo ella mirando al joven dominico, y sonriéndose amargamente—; ¿vos sois también inquisidor?

—Soy indulgente, y amo á este pueblo que padece— dijo José—; véte, pobre mujer, y nada temas de mí.

La multitud, furiosa, se iba empujando siempre delante del palacio del gobernador. Armados unos con palancas de hierro, procuraban derribar la puerta, cuidadosamente apuntada, mientras que los otros, levantando sus temibles cuchillos de Albacete, se preparaban para una obstinada defensa. Hasta las muchachas, con puñales muy afilados, se arrojaban adelante, furiosas y animadas de un sentimiento de indignación imposible de pintar.

Admirable, á la par que horroroso, era ver todos aquellos morenos rostros cuyos ojos relucientes reflejaban por todas partes como rayos terribles, y aquellos labios animados que á cada palabra de cólera daban ver, al entreabrirse, dientes brillantes y blancos como los del tigre.

El carácter africano se había despertado; la ardiente sangre de los bereberes del desierto, aún no entibiada por el transcurso de ocho siglos en las venas de los andaluces, hervía aún como la lava. El odio, el odio profundo, amargo, devorador, los impulsaba invenciblemente á la revolución. Por fin habían dicho: «¡Basta ya!» y se arrojaban desesperados contra ese gobernador inicuo que el capricho del inquisidor había dado á la ciudad: hombre que salido del pueblo, aniquilaba y oprimía al pueblo.

Retirado Enríquez en su palacio, de donde no se atrevía á salir, tan cobarde en el momento del peligro como cruel en el de la prosperidad, aguardaba temblando un auxilio que no llegaba.

Cada golpe de palanca que conmovía la puerta del palacio, iba á resonar como un hiel de muerte en el corazón de aquel miserable, que permanecía arrodillado en su aposento delante de una imagen de la Virgen que anteriormente adornaba el oratorio de Dolores; este familiar de la Inquisición y protegido de Pedro Arbués, murmuraba temblando algunas palabras ininteligibles: vana y común práctica de todos aquellos que solamente honran á Dios por medio de exterioridades.

Enríquez, en este momento, se acusaba de los pecados pueriles y dejaba á un lado todos sus crímenes, sin acordarse del terrible momento en que necesitaría de la absolución del Todopoderoso.

Como los gentiles de otros tiempos, Enríquez, en su acceso de fervor inspirado por el temor de la muerte, prometió á la Madre del Salvador cien victimas más por año en los autos de fe, y esta fué la única expresión de su arrepentimiento.

La puerta del palacio, pesada masa de madera sembrada de clavos de hierro, iba á ceder á los redoblados golpes de mil brazos robustos y enfurecidos, y como no habían podido dar el toque de alarma para llamar á las tropas, resultaba que eran seiscientos paisanos contra unos cincuenta criados ó esbirros que habían acudido de todas partes unos después de otros.

Muy pronto á los golpes retumbantes y apresuradamente dirigidos contra la puerta, se oyó crujido de maderas y de hierros: la puerta había cedido y abandonando los goznes que la sostenían, se vino á tierra con un ruido horroroso.

En este momento, un fúnebre silencio sucedió, como por encanto, al grito de triunfo dado por el pueblo en vista de la puerta derribada. Esos hombres, poco antes tan encolerizados, quedaron inmóviles ante este obstáculo superado, sin que nadie se atreviera á traspasar el umbral del palacio del gobernador.

¿De qué provenía este milagro tan fácilmente obrado?

Provenía de que Juan de Ávila había repentinamente aparecido en la extremidad de la calle en que tuvo principio el motín.

—¿Qué hacéis— exclamó con voz grave y poderosa, acostumbrada á resonar en las basílicas—; ¿á dónde vais, insensatos? ¡deteneos!...

Esta palabra había corrido de boca en boca; y al nombre del apóstol, el furor de este pueblo, cayendo como un viento de tempestad á la voz del Eterno, se había cambiado en adoración. El pueblo se acordó de que Juan de Avila le recomendaba paciencia, y en cambio le prometía el cielo.

Juan de Avila se introdujo sin esfuerzo alguno entre la multitud de insurreccionados que poco antes formaban un cuerpo impenetrable: todo el mundo le abrió paso.

—Hijos míos —les dijo—, ¿por qué os revolucionais? ¿qué bien reportaréis con ello?

—Padre—dijo uno de ellos—, acaban de detener á María de Porgoña, que alimentaba á nuestros hijos.

—Dios os la devolverá—respondió el santo—, ¿y revolucionándoos creéis salvarla?

Al mismo tiempo, un hombre armado de una enorme palanca de hierro, se adelantó delante del apóstol. Este hombre parecía ser uno de los jefes de la revolución, y Juan de Avila reconoció en él á Manofina.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el santo con amabilidad.

—Quería vengar á una víctima—respondió el bravo sin inmutarse—; venimos á matar á ese miserable que nos han enviado por gobernador.

—No hay necesidad de matar á nadie—dijo Juan de Avila.

—En cuanto á ése, no habría un gran mal—respondió el guapo—: un pícaro de esta especie... pero ya que vuestra paternidad no lo quiere...

—Dios es quien no lo quiere, hijos míos; retiráos y dejad á Dios el cuidado de vengaros.

Aquellos hombres, poco antes tan feroces, se pusieron mansos como corderos; y cuando se alejaban en silencio sin hacer ya niaguna manifestación hostil, se acercaron los esbirros para detener á algunos de ellos.

—¿Qué intentais?—exclamó el santo—¿Queréis, pues, castigar al león porque es generoso? Retiráos, no necesitais las armas; ¿no véis que todo el mundo está tranquilo?

Los emisarios de la Inquisición, cediendo, á pesar suyo, á la influencia de este hombre extraordinario, vacilaron, y entonces, saliendo José de entre la multitud, hizo una señal á los alguaciles, á cuya orden muda se alejaron éstos inmediatamente. A pesar de su extrema caridad, Juan de Avila lanzó una mirada de descontento y de desconfianza al favorito del inquisidor. En esta época, los dominicos y los franciscanos no habían aún contratado ninguna alianza. Eran, en general, enemigos irreconciliables, y Juan de Avila, á pesar de su santidad, no supo reprimir un sentimiento involuntario de aversión y repugnancia á la vista del joven dominico; pero José se le aproximó, y con aire confiado y tranquilo le dijo:

—Padre mío, la que buscáis está en puerto de salvación.

Juan de Avila se estremeció; creía que Dolores había sido detenida por la Inquisición.

—Padre mío—repitió José mirándole con dulzura—, ¿no conocéis en mi rostro que digo verdad?

—Volvedme, pues, esta pobre muchacha—dijo Juan de Avila—; bastante la hemos llorado Esteban y yo.

—Mañana á media noche—replicó José—os aguardaré en la explanada cerca de la fuente; no faltéis, y os conduciré á donde se halla Dolores.

—¡Chitón!—dijo el apóstol, viendo que Esteban se acercaba.—Hasta mañana á media noche, cerca de la fuente.

José desapareció; pero después de haber andado algunos pasos, se volvió para contemplar la hermosa apostura de Esteban y su noble perfil. Exhaló luego un profundo suspiro y saltáronse de sus ojos dos lágrimas ardientes.

Juan de Avila no habló á Esteban de este encuentro, porque deseaba ir solo á la cita, que tal vez fuera un lazo.

(Continuará.)

Guardia civil.—Servicio humanitario.

Serían próximamente las seis de la tarde del día 2 del corriente cuando dieron aviso al comandante del puesto de la Guardia civil, de que del fondo de un pozo de 16 ó 18 metros de profundidad, situado en una casa contigua al cuartel, salían lamentos de un niño. Inmediatamente acudió al lugar del suceso el cabo de la Benemérita D. Salustiano Martínez López con los guardias Balbino Escutia Mora y Casto Herráiz Herráiz. La aglomeración de vecinos que en el sitio de la desgracia lamentaban el triste incidente, sin que entre todos ellos se decidiera ninguno á probar el medio de salvar á la infeliz criatura, dieron ocasión á que á la llegada del digno cabo D. Salustiano Martínez se brindara generosa y espontáneamente á descender al fondo del pozo, mediante el auxilio prestado por los guardias á sus órdenes. Esta operación era muy arriesgada, por las condiciones en que se encontraba el pozo y la falta de medios seguros para llegar á feliz término y con la urgencia que demandaba esta humanitaria faena. El éxito coronó la noble tarea del bravo cabo de la Benemérita, logrando extraer á una niña de seis á siete años de edad, exánime y con heridas y contusiones en diferentes partes del cuerpo, calificadas todas ellas de pronóstico reservado, y á la que se prestaron todos los auxilios necesarios.

La conducta seguida por tan digno cabo merece toda clase de elogios, porque á él principalmente corresponde el que la desgraciada niña no falleciera dentro del pozo, y comprendiéndolo así esta Autoridad y Corporación que presido, se complacen en ponerlo en conocimiento de sus ilustres jefes, para los efectos y fines consiguientes.

Esta es en síntesis la laudatoria comunicación que el alcalde del pueblo de Campillo de Altobuey dirige al jefe superior de la Benemérita, y tenemos verdadera satisfacción en publicar tan humanitario servicio en nuestra Revista, pidiendo el ingreso del heroico cabo Martínez en la Orden civil de Beneficencia.



—¿Se atreve usted á negar, habiéndole cogido con las manos en la masa?

—¡No era masa, señor, eran billetes!

El presente número lleva adjuntas ocho páginas de la novela LOS DRAMAS DE PARIS y otras ocho de LOS TRES MOSQUETEROS.

MANUAL PARA EXÁMENES EN LA GUARDIA CIVIL

Adicionado con varios conocimientos indispensables á los individuos de dicho Instituto, por el Comandante del Cuerpo D. Julio Pastor de la Rosa. Esta obra ha sido declarada de utilidad general y recompensada por Real orden de 24 de mayo de 1901. Su precio es el de 3 pesetas 50 céntimos ejemplar, y para que no sufra extravío, se remitirá certificado. Para mayor facilidad podrán adquirir este libro abonando su importe en tres plazos, si así lo manifestasen al hacer el pedido, pasándoles cargo. Los pedidos al Comandante D. Julio Pastor de la Rosa, en el Ministerio de la Gobernación, ó al Director de esta Revista.

Gran Relojería de París

Fuencarral, 59, Madrid.

El invento sensacional del siglo.

Montar una orquesta por poco dinero, oír cantar á Gayarre aun después de muerto, y á Tamberlik y á la Patti, tener á todas horas dispuesta la música para matar los ratos de tedio, alegrando el corazón, siempre es un importante problema que se resuelve, pues el estado del espíritu influye notablemente en las decisiones y resultados de cuanto el hombre realiza.

Decimos esto, porque acabamos de ver la gran remesa de **Parlophons**, máquina parlante y musical, superior á todas sus similares, que el Sr. Thierry, conocido industrial, ha recibido, á precios económicamente inverosímiles, adquiriendo los aparatos directamente de la casa constructora de fábrica, París, pudiendo de esta suerte, darlos en ventajosas condiciones.

Teniendo, pues, en cuenta lo que el Sr. Thierry ha hecho otras veces, rebajando á nuestros suscriptores el precio de los relojes que tanta fama han adquirido, hemos pedido igual concesión respecto á los **Parlophons**, que ha puesto á la venta, accediendo á ello.

Así, pues, los jefes, oficiales y clases de tropa pertenecientes á los Institutos de Guardia civil y Carabineros que sean suscriptores del **MUSEO CRIMINAL** pueden obtener:

Por **sesenta y cinco** pesetas, pagaderas en cinco plazos, un magnífico **Parlophono**, marca *Luxus*, de trompa, que mide 29 centímetros de largo por 21 de diámetro, y con tres discos de regalo.

Por **ciento veinticinco** pesetas, un **Parlophono** último modelo, marca *Non plus ultra*, con trompa niquelada, que mide 39 centímetros de largo por 25 de diámetro, y cuatro discos también de regalo, pagadero en seis plazos. Idem con transmisor «gran concierto», **ciento cincuenta** pesetas.

Por **doscientas** pesetas, un magnífico **Parlophono**, marca *Imperial*, última novedad, con brazos acústicos y trompa niquelada, que mide 47 centímetros de largo por 30 de diámetro, pagadero en siete plazos, con cuatro discos de regalo.

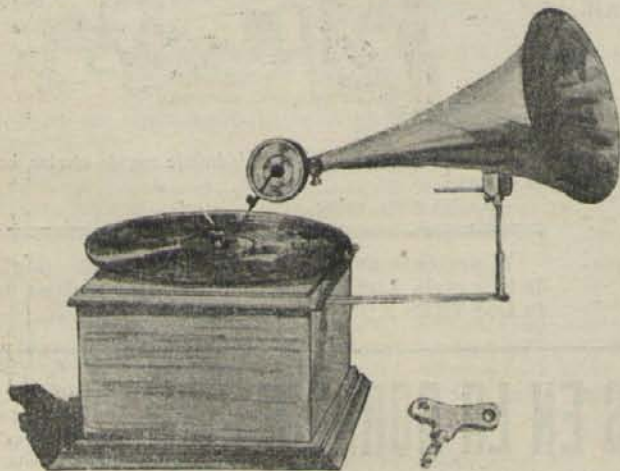
Con estos precios que se consignan, resulta á nuestros suscriptores una rebaja considerable en los artículos mencionados.

Los pedidos, al Sr. Thierry, gran relojería de París, Fuencarral, 59, Madrid.



El «*Non plus ultra*», 125 ptas., con 4 discos de regalo.

Idem con transmisor «gran concierto», 150 ptas.



El «*Luxus*», con 3 discos de regalo, 65 ptas.

Precios de los discos sueltos.

	Pesetas.
Disco pequeño.	4,00
Idem grande de una cara.	6,00
Idem id. dobles ó de dos caras.	12,00
Paquete de 200 agujas.	1,50

En los pedidos no olviden indicar la estación más próxima.